

CARLOS RUIZ DEL CASTILLO

PROGRESO Y CRISIS EN EL
CAMBIO HISTORICO

Progreso y crisis en el cambio histórico

por el Académico de número

Excmo. Sr. D. CARLOS RUIZ DEL CASTILLO (*)

No necesita ser comprobada la afirmación de que estamos inmersos en una época de cambio social acelerado.

1. *Los modos del cambio.*—Ciertamente el cambio es a la vez el resorte y el producto de la Historia, la cual no es sino la expresión de la dinámica del desenvolvimiento. El cambio es, por otra parte, el carácter de los seres vivos, cuya medida es la propia actividad en proporción a cada ser. Pero, aún suponiendo la constancia de la idea de cambio, hay que observar que existe gradación en el modo con que los cambios se producen, en su extensión en el espacio y en su intensidad en el tiempo.

Tales modos de producción y de cuantificación están captados por ideas que ofrecen semejanzas parciales y contradicciones patentes: tales son la idea de evolución, la de mutación, la de transformación, la de desarrollo, la de revolución. La aparente sinonimia de algunas de estas palabras se desvanece al someterlas a un análisis del ritmo peculiar de cada una y de sus resultados.

Si en el modo de producción de los procesos sociales, la evolución y la revolución constituyen los polos de la tensión en que se dan las variaciones, la mutación interviene en ambos para producir un cambio que puede consistir en una mera transformación en otra cosa o en un

(*) Disertación en Junta del 30 de mayo de 1972.

desarrollo de la propia identidad germinal. Situada ésta en la ruta de una aspiración perfectiva, el desarrollo engendra el progreso, idea eminentemente sociológica, diferenciada por eso del crecimiento, idea biológica importante, pero sociológicamente ambigua.

Las mutaciones producidas dentro de los cauces evolutivos o del proceso del desenvolvimiento son las causas de aceleración impulsoras de la evolución misma, pero compatibles con el desarrollo rítmico, cuya ruptura es revolución y cuya paralización es estancamiento y muerte. A esta luz hay que considerar el viejo adagio *Natura non facit saltus*. Dentro de ciertos límites, generalmente ignorados, aunque en ciertos procesos biológicos sean acaso mensurables, el avance, como el desarrollo, no es isócrono, opera en momentos desiguales, concentra energía para irrumpir sin que exista quebrantamiento de la continuidad. Estos momentos son comparables a los pasos más largos que da el caminante en la constancia del camino, sin que por ello llegue a transformarse en corredor.

El cambio, sin otra precisión, no es siquiera una transformación que equivalga al advenimiento de un producto nuevo. Puede significar un abandono, exento de todo impulso creador. Puede significar también una mutación exterior, una nueva estructura aparente que no cause ninguna transformación interna. Para que esta transformación se produzca es necesario que intervenga otro elemento: la asimilación, inseparable de la existencia de una vis medicatrix que actúa como agente selectivo en los seres vivos y es igualmente apto para la incorporación y para el rechazo. Hay un modo de ser que singulariza a los individuos lo mismo que a las comunidades. Fuera de esta vía, el cambio es simple mudanza que en sí comporta tan sólo el abandono de algo exterior: lo mismo en el cambio de prendas de vestir que en el cambio de ideas o de fórmulas de acción. Por eso el cambio no equivale al progreso, el cual supone desarrollo hacia algo mejor, y es sabido que mudar no es lo mismo que mejorar.

2. *La línea evolutiva.*—Pero el proceso de las transformaciones no sigue necesariamente una línea regular y continua. Existen interrupciones que rompen la unidad, produciendo un corte, las corrientes contrarrestadas por las contracorrientes que estudió Gabriel Tarde, las intermitencias motivadas por la presencia de fuerzas adyacentes, las cuales, unas veces son asimiladas por la marcha del proceso y otras desnaturalizan el sentido originario de éste, desviándolo. Con este acopio de elementos, los cambios transformadores, dentro de una corriente evo-

lutiva, determinan productos cuya identificación es difícil si se consideran tan sólo como expansión de un principio o desenvolvimiento de un germen originario. Según observó Hegel, una acumulación cuantitativa continuada llega a un límite que produce un cambio cualitativo. Este tránsito de la cantidad a la calidad, que guarda cierta semejanza con la transformación física de la materia en energía, parece introducir un elemento nuevo en la identidad del desarrollo, que ya no presenta la imagen de una homogeneidad constante. En el tránsito de la cantidad a la calidad ¿en qué momento la diferencia de grado entraña un cambio de naturaleza? Tampoco en el desenvolvimiento obtenido por las acumulaciones o por los saltos de mutación quedan agotadas las vías de ese tránsito. Aludía Belloc a la modalidad que ofrece el fenómeno de la intensidad, y así concluía que la diferencia entre la caricia y el golpe que puede ser mortal, no consiste sino en el grado de intensidad en la presión. Aquí la acumulación, que pertenece a la categoría del tiempo, ha sido sustituida por la intensidad, categoría espacial porque comporta profundidad.

La idea de evolución, en la Historia natural como en la Historia humana, peca de la producción de homogeneidades que no se logran mediante el desarrollo de todos los caracteres, ya biológicos, ya espirituales, en una línea acumulativa. Interviene un nuevo elemento: la aglutinación de caracteres aptos para prosperar en el cruzamiento. La destrucción de algunos caracteres abre la vía a nuevas creaciones originales que cuajan en un tipo predominante. En las especies animales, es conocido el fenómeno de la extinción de algunas variedades para el logro de las supervivencias más aptas. En lo histórico, el desarrollo no es ajeno a las confrontaciones que permiten a la vez asimilar y eliminar elementos en la dinámica de la concurrencia. Es así como se producen los tipos históricos y el mismo movimiento de la Historia.

Entre los avatares de los tránsitos, persisten, no obstante, los caracteres que se han fijado en la especie humana como en determinados tipos sociales. En virtud de esa fijeza que oscila dentro de ciertos límites y constituye así una estabilidad en movimiento, existe una conciencia de identidad que vincula el sujeto a sus propias transformaciones, influido por la Historia pero no entregado a los vientos de ésta. Se autoafirman los hombres y los pueblos adquiriendo la noción y la noticia de su persistencia: gracias a la memoria el sujeto individual; gracias a la tradición las sociedades.

La idea de desarrollo se presenta como síntesis o como meta de las reflexiones anteriores.

3. *La idea del progreso.*—El desarrollo ofrece la versión actual de la vieja doctrina del progreso y está acomodada a la visión tecnológica de nuestra fase histórica. Parte de lo que es, de lo que está dado, como ha puesto de relieve en un libro reciente nuestro compañero señor Fraga. La doctrina del progreso, propia de una época racionalista, comportaba una finalidad más ambiciosa y nada empírica. Aspiraba a ser una filosofía, y aún cabría decir, determinantemente, que la Filosofía de la Historia. Avanzaba en una dirección de sentido; trataba, en realidad, de calcar el sentido de la Historia: un sentido que culminaba en el logro de fines universales y homogéneos obtenidos mediante el desarrollo de la libertad inseparable de la Razón. El camino era indefectiblemente unilinear y la marcha implicaba la asociación de todas las facultades del hombre, encaminadas hacia un futuro de plenitudes. Cualquier desviación del camino, cualquier disociación producida en el caminar estaba condenada al fracaso porque pugnaba con el sentido de la Historia. Esta idea dieciochesca que enciende las luces de la época llamada de la “Ilustración” por antonomasia, se identifica con el desenvolvimiento humano según el modelo de la naturaleza y con exención de toda traba.

Las experiencias de épocas posteriores a la del viejo progresismo, acreditan que, en compatibilidad con el fabuloso desarrollo de la ciencia, de la técnica y también, en cierto modo, de la solidaridad, el progreso no se cumple a la vez en todos los sectores ni en todas las direcciones. Los avances que registra están contenidos por impulsos de retroceso. Existen las víctimas y las tragedias del progreso; las contradicciones internas de éste; cada problema resuelto plantea problemas nuevos; no hay soluciones universales ni concordancias establecidas; los mismos logros suscitan nuevas tensiones; las situaciones de libertad no propician siempre la fecundidad de las iniciativas, sino que frecuentemente engendran los estados de confusión y el pesimismo de la angustia.

Así procede la Historia por tanteos y está acechada a la vez por la libertad y por la necesidad. Se abren caminos entre esfuerzos no siempre conscientes. Y, sin embargo, si los esfuerzos individuales se afanan por hallar sentido, no cabrá tampoco omitir la búsqueda del sentido del esfuerzo colectivo. Y esto equivale a hallar un sentido a la Historia.

4. *Irreversibilidad y aceleración.*—Siendo la Historia el movimiento de la Humanidad o de sectores humanos caracterizados en su situa-

ción y por sus semejanzas, interesa previamente aludir a la cuestión de cómo el movimiento se produce.

Existe el doble supuesto de la repetición o de la irreversibilidad de la Historia. La repetición puede referirse a la regularidad con que se produce en distintos tipos culturales o en el conjunto de sucesos que constituyen una trama universal para la Historia.

Conocida es la concepción spengleriana de las Culturas como unidades cerradas en sí mismas, tangentes así unas a otras, pero siguiendo todas ellas el ciclo de un desarrollo natural o de un proceso cuyas etapas están constituidas por el nacimiento, el crecimiento que conoce una culminación, la decadencia y la muerte, exactamente como en la planta o el animal. Atraviesan estas etapas siguiendo una ley ineluctable, desconocedora de toda finalidad extrabiológica. Las recorren, dice Spengler, en “una sublime ausencia de propósito”. Esta ley contiene determinaciones que establecen entre las Culturas semejanzas puramente morfológicas. Cada forma posee su propio e incomunicable contenido.

No ocurre así en la concepción universalista de la Historia, pero también en una visión determinada de ésta retorna sobre el plano universal la idea de un desenvolvimiento humano que se repite sin renovarse. Se suceden las etapas según oscilaciones que no comportan sino un movimiento pendular. El péndulo, regulador de los mecanismos inertes, suscita la idea de una repetición alternativa, a la cual no es ajeno tampoco el juego establecido por Comte entre “edades orgánicas” y “edades críticas”, juego que traduce una alternativa y no una sucesión, un constante retorno entrañado en el balanceo de períodos que no llegan a integrar las creaciones originales y las críticas constructivas. La ley hegeliana de la tesis, la antítesis y la síntesis expresa mejor el proceso de un desenvolvimiento creativo.

Otra explicación del movimiento histórico, en vez de adoptar el lema mecanicista del movimiento pendular, se decora con otro lema apto para expresar significados biológicos y sociales. Apela a la ley de las acciones y reacciones —ambos extremos proporcionados entre sí, pero cuantitativamente no equivalentes—, para determinar un resultado. Se avanza en una dirección, después se retrocede, pero no hasta el punto de partida, sino hasta un punto situado en lugar intermedio. De los movimientos revolucionarios se ha dicho que el avance que promueven dando dos pasos hacia adelante queda contrarrestado por el retroceso de otro paso, con lo cual el resultado consiste en el avance de un solo paso. Cuestión independiente sería la de dilucidar hasta qué punto convendría economizar los esfuerzos revolucionarios si los resul-

tados fueran efectivamente tan parvos. En la Revolución francesa, que ha logrado tan copiosa bibliografía, muchos historiadores, siguiendo a Tocqueville, han considerado que sus efectos consistieron en abreviar levemente el período de desprendimiento de frutos que en plena madurez hubieran caído por sí mismos en el regazo de la Historia.

La aceleración de la Historia en un dirección intencional la asocian muchos a los movimientos revolucionarios. No cabe desconocer que producen una irrupción de fuerzas que se encontraban en estado de latencia o potencial. No siempre significan una nueva aportación, aunque éste sea su sentido más frecuente. Existen, como en las dos Revoluciones inglesas del siglo XVII, movimientos revolucionarios que pugnan por una reivindicación histórica. Así invocaron esas Revoluciones la tradición del derecho individual que se remontaba a la Carta Magna del siglo XIII. Contradiendo el principio sentado por Ortega de que las Revoluciones, a diferencia de los motines, se hacen contra los usos, y no contra los abusos, los revolucionarios ingleses se acogían a sus antiguos usos, que consideraban violados por sus Reyes.

5. *Intervención de la violencia y de la guerra.*—Pero el denominador común, aunque se trate de un signo formal, de las transformaciones a que aspira toda Revolución radica en la violencia. El empleo de la violencia acompaña siempre a las revoluciones. Este medio simplificador del movimiento social ha suscitado siempre reflexiones que el pensamiento sociológico moderno ha acentuado con un propósito de aclaración de los efectos y resultados.

Por sí sola, la violencia —violencia nuda— es mera explosión del apetito irascible. Como factor integrado en un propósito social, su eficacia en la producción efectiva de los cambios, es variable; puede ser incorporada en un proceso de asimilación y contribuye entonces al logro de las transformaciones; otras veces se esteriliza en breve plazo, suscita reacciones y produce efectos contrarios al designio inspirador. Existen, inversamente, los sujetos pasivos de la violencia y de la fuerza: son los mártires, semilla generosa de muchas causas, como lo fueron en la expansión del Cristianismo primitivo. Pero pueden ser también víctimas que no fecundan la Historia, la cual los deja en la cuneta, mientras prospera la coacción en formas múltiples. De este modo se produjo, en el siglo VII, el fin del Africa cristiana, y habría que esperar ocho siglos, observa Daniel-Rops, para que el Evangelio fuera sembrado de nuevo en el viejo Continente y para que el Cardenal Lavigerie arro-

jase allí las bases de una joven Cristiandad (*L'Eglise des temps barbares*; trad. esp., 1956).

Pertenece al misterio de la Historia la motivación de los éxitos o de los fracasos de las empresas apoyadas por la fuerza. Dejaremos tan sólo sentado que la fuerza no actúa aisladamente: cuenta siempre con complicidades: la evasión de adictos del orden con que se enfrenta, el reblandecimiento de las convicciones de otros muchos; en suma, el desmoronamiento o el deterioro institucional. Prospera esencialmente con el impulso iluminado de minorías audaces que se imponen a mayorías pasivas. Con estos movimientos se relacionan conceptos como los de "vanguardia consciente", activismo de precursores, situación anticipada en el futuro para forzar su presencia, etc. Y ya es significativo que la violencia se haya visto arropada por tendencias filosóficas modernas, que exaltan unas veces la fecundidad de los impulsos y creaciones de las guerras militares, otras las de las subversiones civiles, otras las técnicas del golpe de Estado, en corrientes de pensamiento, por lo demás diferentes en origen y en propósito, y que van desde Clausewitz y Treitschke hasta Marx, Sorel, Malaparte y Marcuse.

En esta confrontación de los métodos de violencia, cabe estimar también una evolución de los modos de empleo ofensivos y defensivos. No sólo responden unos y otros al desarrollo de la técnica, sino al de la psicología y al cálculo de los móviles en relación con las resistencias organizadas. En este orden, a medida que ha avanzado la violencia sindical se ha acentuado la fuerza centralizadora de la coacción legal por el Estado, en posesión de medios que por una vía directa no pueden ser contrarrestados. Por eso reemplaza a la violencia multitudinaria la fuerza del golpe de Estado. La violencia de los grupos se reduce cada vez más, en el sentido de que resulta difícil prevalecer contra el Estado dispuesto a defenderse, aunque sobre éste la violencia resulta a veces útil para crear situaciones de presión que preparan el clima de las negociaciones. Lo cierto es que la violencia callejera es cada vez menos apta para producir auténticas revoluciones y renueva sus formas acogiéndose a medios que sustituyen a los combates frontales: tales son la guerrilla y el secuestro.

Tendiendo la mirada sobre los factores de la aceleración histórica, hay que sorprender la presencia de la necesidad que despierta o estimula energías insospechadas, aptas para causar mutaciones rápidas en la vía del progreso. No puede soslayarse la comprobación de la influencia ejercida por situaciones de anormalidad, debidas a las guerras o a las epidemias, en el progreso de la técnica industrial y de los recursos sani-

tarios. Y, junto a esto, en inusitadas circunstancias de necesidad, contra toda previsión y al margen de la racionalidad del cálculo, surge la chispa individual que prende la hoguera en la política y en la batalla. Brotan entonces las creaciones debidas al impulso genial, la acción milagrosa que excepcionalmente irrumpe en la sucesión de los acontecimientos: Carl Schmitt, tan propenso a las secularizaciones políticas de la Teología, ha comparado así al milagro divino, que significa una suspensión de las leyes ordenadoras del Cosmos, el milagro que pueden operar en casos de necesidad las Dictaduras, suspendiendo la normalidad constitucional. Y en el inventario de las acciones excepcionales, el heroísmo individual, al margen de las preceptivas tácticas y estratégicas, pasa a veces por encima de las situaciones y es capaz de trazar rumbos a los acontecimientos.

6. *El movimiento tendencial.*—Tampoco el azar —forma de la fortuna— ha de ser desplazado de la acción histórica. Pero lo que llamamos azar no es otra cosa que el encuentro de la fuerza de la personalidad con la coyuntura. Lo anteriormente expuesto acredita que la Historia es puerta abierta a todas las modalidades de la acción humana. Se integra con los móviles más diversos. Pero si no ha de consistir en un mero acontecer desprovisto de sentido y de finalidad, y si la Historia documental ha de poseer criterios ordenadores que permitan comprenderla mediante la aplicación de pautas de rango cultural, ha de contener elementos positivos, susceptibles de una interpretación de conjunto. Son los conjuntos históricos los que permiten, por otra parte, actuando como agentes del desenvolvimiento, presentir rumbos y tendencias que, sin anular la libertad de los componentes de los grupos —caracterizados como pueblos, naciones o comunidades de cualquier tipo—, la sitúan en la propia fluencia de comportamientos coherentes.

La consideración de la Historia a la luz de estas observaciones, presenta los caminos históricos, no como rutas previamente trazadas, sino como direcciones abiertas por una acción tendencial. El conocido dístico del poeta: “Caminante: no hay camino—se hace camino al andar” consagra por igual la iniciativa y el rumbo, y así la acción histórica equidista del arbitrio que consistiera en el capricho, y de la uniformidad rebañega, desconocedora de los móviles individuales.

La existencia de las tendencias históricas, y, si se quiere, en un desenvolvimiento avanzado, de la Historia como tendencia, descubre propensiones humanas en las que intervienen a la vez los antecedentes y las aspiraciones. No se puede ser agente de la Historia sino desde

dentro de ella. Nos nutrimos del tiempo en que vivimos, aun cuando estemos descontentos de él, y hay que partir del reconocimiento de su propia vitalidad, contando con ella para las reformas, incluso para las reacciones más radicales. La Historia no es un fardo que el hombre lleva a cuestas, sino una simbiosis, un impulso y, en medida mucho más limitada, una experiencia.

¿Por qué esta limitación de la Historia como experiencia? El sentido tendencial de la Historia comporta la irreversibilidad de los acontecimientos tanto como una renovación que no puede consistir en repeticiones, sino en semejanzas. Recordaba Ortega y Gasset como divisa de la Historia el criterio que se expresa así: “Eadem, sed aliter”: producir una diferencia sin abandonar la fidelidad, un tipo dentro de un género, una variedad en la esencial permanencia. Los períodos históricos, precisamente por su razón constitutiva de “períodos”, no son reproducciones, pero pueden ser reviviscencias y re-creaciones. Y ésta es la razón de la inexactitud con que se expresa el olvido de la experiencia cuando se dice que “el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra”. “No existe la misma piedra —hemos escrito en otra parte—. Si en algo se excede el hombre —y el pueblo— es en capacidad de sugestión para olvidarse de la Historia, pero lo cierto es que el motivo que incita al hombre —y que mantiene el movimiento de la Historia— es la creencia de que se encuentra en circunstancias distintas, ante una nueva combinación de elementos “cuyo diverso acoplamiento determina una peculiaridad, un producto nuevo, un horizonte brindado a la determinación personal. “Porque, además, existe la ilusión que potencia el esfuerzo. “Esa ilusión proyecta luz, que puede ser ilusoria también, sobre los riesgos, que no son las piedras de otras veces, sino las curvas abiertas ante la marcha y que hay que tomar con el aliento de la terca insistencia de quien ensaya un conocimiento nuevo que hace al hombre —y al grupo— púgil de sí mismo” (*Estudios jurídicos*, II. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1942). Lo que depara la experiencia histórica es un repertorio de esquemas movibles.

7. *Las constantes históricas.*—El propio carácter tendencial de la Historia hace de ella una urdimbre formada por las iniciativas libres y por los más diversos factores ambientales y heredados. La herencia histórica la recibe cada generación a beneficio de inventario. El poder de los recuerdos no es suficiente para imponer los patrones del pasado, pero actúa como agente suscitador de los Renacimientos. Estos no restauran

el pasado, sino que lo renuevan con una inspiración que retorna y no se estratifica.

Los Renacimientos confirman la existencia de constantes históricas susceptibles de constituir modelos de razón, a la vez que son categorías epocales. La teoría orsiana de los "eones" significa una condensación de la cronología en símbolos culturales aptos para la aplicación a épocas distintas, pero cuya singularidad se produce dentro de un mismo estilo de pensamiento y con parecido ritmo vital.

El repertorio de las tendencias portadoras de constantes históricas establece, juntamente con los Renacimientos, las suturas del tejido histórico y las reanudaciones de los esfuerzos colectivos. También la utilización de instituciones que parecían arrasadas por la convulsión revolucionaria. Un ejemplo aleccionador en este respecto lo ofrecen actualmente los renacimientos nacionales, en compatibilidad con las situaciones sociales más diversas. La impronta de un concepto que parecía superado por la evolución económica, por la aproximación entre los pueblos y por la organización clasista, es notoria en nuestra época y caracteriza tensiones del presente. Un concepto eminentemente europeo como el de las unidades nacionales, forjadas en la lentitud del esfuerzo exigido por el derrumbamiento del feudalismo, anima otros tipos situados en distante geografía y carentes de vinculaciones históricas. El concepto fue ya trasplantado a América, donde lo mismo las alianzas que las pugnas de sus componentes territoriales, no traducen sino artificios amparados en denominadas naciones, en general desprovistas individualmente de toda singularización, pues lo que caracteriza a estas agrupaciones es el complejo de poderes constituidos como Estados. Estos, a diferencia de los Estados europeos, que son estructuras de Naciones cuajadas tras una elaboración secular, han surgido ocasionalmente, como productos del caudillaje, y al margen muchas veces incluso de caracterización geográfica.

Pero el concepto de Nación lo importan también de Europa los países descolonizados del Tercer mundo, con la aspiración de transformar la vieja organización tribal. Está en juego en el actual enfrentamiento de la Rusia soviética y la China comunista, ambas tributarias de concepciones nacionales que muestran su influencia netamente territorial, con fuerza aglutinante que prevalece sobre los vínculos ideológicos. Retorna en este último caso la Historia con la fuerza primigenia de las espontaneidades soterradas e incorpora, con impulso renaciente, las empresas cifradas en las constantes de la Política exterior. Sin darse

cuenta, se adopta el léxico y el estilo nacional, en actitud semejante a la del personaje que hablaba en prosa sin saberlo.

8. *La razón universal del desenvolvimiento.*—Esta serie de observaciones parece comprobar la existencia y la pervivencia, al través de las transformaciones, de las razones históricas que caracterizan la peculiaridad de cada conjunto grupal. Pero si ha de ser posible una visión universalista, habrá que exceder la limitación de las razones históricas—razón de cada cual que se invoca indistintamente para tareas de paz y guerra— e indagar la razón de la Historia, que es la razón misma del desenvolvimiento humano.

Conduce todo ello al establecimiento de una zona de comunicabilidad espiritual mediante la cual todos los hallazgos del progreso y todas las experiencias del desarrollo se tornen concomitantes, porque no pueden subsistir en el mundo moderno sino como agentes de interpenetración. No se trata ya de la evanescente doctrina de la solidaridad abstracta, proclamada más que contrastada por el progresismo, sino de las mismas exigencias de la tecnología y del desarrollo. Se ha insistido en la necesidad de asociar el desarrollo económico al social. En realidad, la idea de desarrollo es una idea compuesta por esos dos elementos. Ambos se integran en la unidad del desarrollo, como el caminar requiere el movimiento de ambas piernas.

Intervienen las ideas humanísticas de rango político y, en último análisis, de estirpe religiosa. Ni la Historia, ni el desarrollo, ni la técnica pueden desprender sus raíces del hombre, considerado como universal concreto. Pero hay que comprender entonces que la esencia de lo humano es de carácter espiritual, según ha repetido recientemente Toynbee. En el juego de las ideas de cambio, evolución, progreso y desarrollo, no resultará inoportuno traer a colación, reanudando anterior razonamiento, lo que el viejo maestro Hauriou observaba ya en su *Science sociale traditionnelle*, publicada en pleno auge de las ideas evolucionistas. Nada menos que una contradicción entre el progreso y la evolución creía sorprender Hauriou contrastando ambas ideas. “El tipo individual—observaba— obra sobre la especie humana con una virtud especial de fijación y una virtud especial de variabilidad; ambas entrañan la limitación de la evolución”. Y añadía: “Mientras la evolución impulsa al hombre indefinidamente y, si estuviese sola, le haría salir de la humanidad, el progreso lucha para mantener al hombre en la humanidad racionalmente concebida”. Sorprenden menos estas afirmaciones cuando después de setenta y cinco años de formuladas, el citado Toyn-

bee insiste en conceptos que avalan la constancia de la naturaleza humana, la cual —dice— ha permanecido probablemente inmutable en el curso de los últimos quinientos mil años. Y arriesga esta afirmación: “Si pudiéramos volver a la vida a un niño de la edad paleolítica y nos fuera posible integrarlo en cualquier comunidad actual, podemos pensar que no se distinguiría en su naturaleza humana de un niño nacido el pasado año”. Pues si en el período de tantos milenios la especie humana ha permanecido inalterada, habría que indagar el motivo por el cual la evolución se ha tomado tan largas vacaciones.

Así la vía propia del progreso de la hominización es la abierta por el carácter que la configura como especie: la del *homo sapiens*. Y este carácter postula el desarrollo de la conciencia, ámbito, juntamente, de la vida espiritual y de la identidad humana. La progresiva toma de conciencia entraña el proceso de espiritualización a que tiende, en virtud de su impulso ascensional, la misma evolución de la vida a partir del principio más elemental de la cosmogénesis. Aún cuando quiera eludirse la idea de un finalismo predeterminado, las transformaciones de la vida culminan en convergencias hacia la espiritualización. Y este es el sello del tipo humano y de su condición perfectible, que nunca alcanzará la perfección en la tierra. Mientras el perfeccionamiento es un camino, la perfección es la meta, pero está situada más allá de la Historia. Es entonces todo el cosmos el que concurre a esta culminación en virtud del propio aliento espiritual incrustado en la materia y que, en transposición poética espiritualiza el mismo despojo material: “Serás ceniza. Mas tendrás sentido”. “Polvo serás. Mas polvo enamorado”.

A la constancia de la naturaleza hay que referir las constancias de la Historia, dentro del campo de sus variabilidades. Hay directrices que se abren paso entre los avatares de un suceder al que el hombre, pensador nato, se esfuerza en hallar sentido. Es congruente, en este punto, evocar lectura reciente que nuestro compañero don José Larraz hizo en este aula, de fragmentos de obra en preparación (1). El señor Larraz trata de encontrar el sentido global de la Historia en la dirección de una flecha que apunta al Bien común, y a esta idea enlaza la de la justicia distributiva que tiende a señalar la preponderancia social de las Clases medias. Cabría glosar este concepto aludiendo a la significación del desarrollo que aspira a establecer un nivel general de justicia y bienes-

(1) Publicada, al imprimirse este trabajo, con el título *Humanística*. (Para la sociedad atea, científica y distributiva.) Editora Nacional, 1972 (494 pp.).

tar, ambos logros compenetrados en situaciones sociales caracterizadas por la existencia de jerarquías exclusivamente funcionales. En la misma Sociedad sin clases del comunismo late esta aspiración estructural. La Sociedad de clase única tiende a modelarse, idealmente esquematizada, sobre el patrón de clase media. (Otra cuestión, que ha de quedar aquí sólo apuntada, es la relativa a cómo puede lograrse, en una sociedad de consumo creciente, la elevación del nivel de vida dentro de módulos igualitarios aplicados a la tendencial generalización de los artículos indiferenciados de consumo. Habrá que pensar en todo caso si no existirán siempre bienes que por su escasez no cabrá situarlos en la línea de nivel general y tendrán carácter de privilegio determinante de jerarquización. Es la cuestión que un sociólogo de fin de siglo se planteaba al inquirir quién sería el consumidor de las trufas en un régimen colectivista. Evoquemos aquí simplemente “los límites del crecimiento”, tan lúcida y sugestivamente glosados por el señor Areilza en su reciente intervención).

9. *La resolución del proceso histórico y la Teología de la Historia.* Resulta congruente la alusión al problema de la resolución histórica. La Humanidad, concebida al modo de Pascal, como un hombre que vive siempre y acumula experiencia, ¿será capaz de resolver algún día, incorporándolo a su propio desarrollo, el proceso de la Historia?

Esa realización equivaldría al acabamiento. Es el tiempo lo que acabará, pero mientras el tiempo subsista con el contenido humano, la Historia no puede ser el *non plus ultra*, que sería el signo del agotamiento. En compatibilidad con ciertos determinismos condicionantes —exigencias del tiempo o de la situación, tareas postuladas por la propia normativa de los procesos, etc.—, en tesis general la Historia, según se ha venido glosando en estas reflexiones, es una permanente invocación al comportamiento humano, integrado por hábitos, creencias y libertades. Löwith lo ha expuesto así: “Una libertad parcial dentro de una fatalidad parcial conduce a plantear, aunque en términos menos contundentes, el viejo problema teológico de la compatibilidad de la Providencia con el libre albedrío”.

La resolución de la Historia no puede radicar en la Historia misma, sino en la Metahistoria. Más allá de las controvertidas formulaciones acerca de la posibilidad de una Filosofía de la Historia, desde la altura intemporal de una Teología de la Historia se ha apelado al orden inmutable, que por serlo, no es histórico, pero contiene la razón de los cambios suscitadores de las etapas históricas. Es la visión modélica de “La

Ciudad de Dios” de San Agustín, la del “Discurso sobre la Historia Universal”, de Bossuet, la del Discurso académico sobre la Biblia, de Donoso Cortés. Para Bossuet, los cambios, productores de los desplazamientos históricos, son los signos de la precariedad del poder y del progreso. La transferencia del poder de un hombre a otro, de una Casa a otra, de un pueblo a otro, muestra que nadie lo posee, sino en precario, como un préstamo, y no como una propiedad que sólo reside en Dios. La cabalgada de Donoso sobre las tribus, las Repúblicas, las Monarquías y los Imperios arranca a su elocuencia tribunicia la conclusión de que “Nada está firme sino Dios; todo lo demás pasa y muere como pasa y muere la espuma que va deshaciendo la ola”. Y en nuestros días, Teilhard de Chardin, imbuido de espíritu moderno, tratará de explicar la evolución naturalista —hecho, para él, fundamental del Cosmos— hacia su resolución en un punto Omega, realizador del designio divino de la Creación, y Karl Rahner considera que “la promesa, dada con la cristología, de una consumación suprahistórica “eleva y dignifica la tarea intramundana en la que madura la salvación última.”

Situados ante estos horizontes, se asiste a la experiencia —hecho histórico inequívoco, asociado a los cambios y aun determinante de ellos—, de la mutabilidad y alteración del protagonismo histórico. Hay en cada período energías preponderantes encarnadas en pueblos conductores de la Historia. Su capacidad de convocatoria y de realización los sitúa en cabeza del desfile histórico. Los hombres y las empresas adquieren dimensiones extraordinarias que los impulsa hacia un destino ilusionado. Establecen los hitos que catalogan las épocas. Se dice que se agotan en esta tarea y se pretende explicar por este agotamiento el traspaso de la Antorcha. Lo cierto es que no siempre cabe explicar racionalmente los ceses en el protagonismo, que no está indefectiblemente acompañado por un enervamiento de energías, ya que esos ceses no implican muchas veces ni el descenso demográfico ni el de la riqueza. Incluso acaece, como en nuestro Siglo de Oro literario, que culmina el espíritu nacional en manifestaciones extrañas al protagonismo político en trance de decadencia. Advienen los cambios en virtud de los nuevos rumbos que adopta el espíritu general, y se impone el relevo. Los cambios de protagonismo invitan al examen de conciencia histórico y deparan a los pueblos y a sus conductores una lección de humildad. Las duraciones históricas son tan sólo remansos de la fluencia, no diques que la estancan y perpetúan, y nada como los cambios sociales comprueba la precariedad del ser humano.

10. *La vía actual de la homogeneidad.*—De las conexiones expuestas se desprende la conclusión de que existen en la Historia, caracterizando su contenido y dimensión, condiciones en las que prende, según las épocas, un movimiento general del espíritu de los hombres, asociados en comunidad de esfuerzo y en una virtual comprensión de exigencias comunes.

Trasplantadas a nuestro mundo las profundas reflexiones de Tocqueville sobre la Democracia americana sirven de guía, más que de modelo, para interpretar las peculiares condiciones de la Democracia en sí misma considerada. Creía Tocqueville que la trayectoria de un principio se presiente desde la cuna de cada pueblo. El rumbo que sigue el espíritu general, las tendencias predominantes que forjan la Historia en cada época, están así prendidos en los nexos de la propia constitución original. Se comprende fácilmente que la Democracia respondiera al estado natural en que se encontraron los fundadores de las primeras Colonias de América del Norte en el medio geográfico al que la emigración en el siglo XVII los había conducido. Aquí, el contrato social habría de ser un hecho histórico y no una mera hipótesis de legitimación. Y su encuentro en igualdad de condiciones les dispensaba de luchar contra clases y jerarquías inexistentes. Se hallaban en pie de igualdad, y las Constituciones políticas habrían de salvaguardar este carácter innato de la Constitución social. A partir de esta base, habría de desarrollarse un espíritu de igualdad compatible con las diversidades en el pensamiento y la actividad de cada uno.

Sin que sea aquí necesaria la referencia a los riesgos y limitaciones que comportó el trasplante de la Democracia a países de diversos antecedentes y de diferente textura, importa sentar el criterio con que Tocqueville enjuiciaba este movimiento, que consideraba “irresistible”. Pero no dejaba de advertir que exigía adaptaciones, precauciones y defensas. Esta advertencia cabría descomponerla en la siguiente enumeración: 1.^a, que la Democracia es un carácter tendencial del tiempo, pero no un contenido fijo e inmutable; 2.^a, que no está aislada de las propensiones de los hombres que la viven y viviéndola la impulsan y corrigen mediante el dinamismo de la interpretación y de la experiencia; 3.^a, que consiste esencialmente en el espíritu y en el gusto de módulos que, generalizando las formas de igualdad, predisponen a una cooperación general para fines que son progresivamente comunes; 4.^a, que sus mismos orígenes y las necesidades de adaptación a países de distintas condiciones históricas, postulan una variedad de fórmulas y de instituciones, y 5.^a, que consideraciones análogas han de aplicarse

a las formas de participación mediante el sufragio, cuyas funciones, que importa condicionar más que la extensión del voto, han de ser concretas y han de engranar con otras que constituyan el contexto institucional del Estado.

Los actuales conflictos entre Democracias liberales y Democracias llamadas “populares” y entre las libertades formales y la igualdad como punto de arranque del proceso de las libertades, prueban que la Democracia, como otras formas de vida, no es inmune a las tensiones ni a los modos que adopta el cambio social. Si se analiza la tendencia general o el substrato de la Democracia en sus predominantes acepciones, se encontrará en el principio de la igualdad de oportunidades el módulo de la posible igualación. No obstante, este patrón sirve sólo como modelo estático. Es un punto de partida, superado el cual actúan únicamente los criterios de selección situados en la concurrencia: una concurrencia no desprovista de acritudes y de tensiones, con sus complejos psíquicos inevitables, porque siempre los sentimientos y las pasiones humanas desbordarán el área de la economía. Se trata de un modo actual de selección, que ha de ser contrastado en la eficacia del rendimiento, como lo fueron, aunque a veces se desconozca, otros modos vinculados a la herencia y a las jerarquías establecidas.

Pero al margen del pensamiento utópico y de la estratificación social, los patrones igualitarios, según la interpretación dada, actúan como agentes de integración de una conciencia homogénea, apta para proyectarse sobre intereses cada vez más universalizados por las exigencias del intercambio y por la indivisibilidad del desarrollo.

El desarrollo político es una dimensión capital de este proceso, pero su misma importancia exige capítulo propio.